

La política no es ganar batallas sino activar la ciudadanía

Una vez más las elecciones del 31 de octubre han evidenciado las carencias de la política venezolana. Otra vez se perdió de vista el sentido de la política como atención a la cosa pública -res publica- y como participación en la gestión de la vida concreta.

La constitución que nos rige habla de democracia participativa. Si en algún ámbito es viable y visible la participación es en el ámbito regional y más aún en el municipal. La gente es consciente de las fortalezas y debilidades de su ciudad, sufre diariamente cuando la gestión municipal es deficiente y comprueba cómo su vida se facilita cuando los servicios y los trámites fluyen. En unas elecciones municipales de esto es de lo que se trata. Ante todo lo que se pide es una administración eficiente: que los ciudadanos palpen que la ciudad está atendida, que está cuidada y querida para que de este modo se sientan estimulados a colaborar para que los servicios de aseo, de vialidad, de educación, salud y seguridad lleguen a todos y sean dignos; para que los espacios públicos se mantengan limpios, el tráfico fluya, y se den eventos lo más variados y cualitativos posibles para que mejore la calidad de nuestra vida. Eso es lo mínimo, y se esperaríamos que en torno a eso girara el debate electoral. Sobre esta base caben las insistencias de cada candidato: por ejemplo acentuar la in-

clusión de los que habitan en las periferias con programas específicos o la propuesta de mecanismos concretos para resolver el problema de la seguridad o la de rescatar los espacios públicos y poblarlos de eventos como modo de democratizar la calidad de vida...

En una democracia participativa uno esperaría propuestas concretas, programas orgánicos y debates sobre lo más conducente, es decir sobre lo más decisivo para que la ciudad dé un salto adelante, sobre la calidad de los equipos que se presentan para hacerse cargo de ella, sobre cómo mejorar la administración y hacer rendir más los recursos siempre escasos... Al seguir los debates sobre temas que tanto inciden en la vida cotidiana de cada uno y que uno tiene elementos para comprender y soportar, el ciudadano puede elegir qué candidato satisface más sus expectativas y votar por él.

En una guerra civil siempre pierde el país

No hace falta decir que nada de esto ha pasado. En la mayoría de los casos y sobre todo en los más significativos, los electores eligieron a candidatos que no eran de su gusto y los eligieron por el único criterio de que los había designado el jefe. Los eligieron sabiendo que los iban a sufrir. Los eligieron por pura lealtad al que los desig-

no. Por eso decimos que estas elecciones fueron, como las anteriores, un plebiscito en torno a Chávez.

El gobierno parece no percibir que al enfocar toda la atención y los recursos no a gobernar sino a concentrar todos los poderes, ese modo de proceder, que en su intención es únicamente para desembarazarse de todo obstáculo para poderse dedicar por fin a gobernar, se ha convertido en el modo de gobernar, en el contenido del ejercicio del poder, que ya no es un medio sino un fin. El gobierno es un ejército cuyo objetivo es triunfar sobre sus enemigos. Y hay que reconocer que lo ha sabido hacer. Ha ganado casi todas las batallas y reúne casi todos los poderes. No se ha dado cuenta de que los derrotados son venezolanos y que con ese modo de conducir el ejercicio político siempre sale perdiendo el país, que no son los patriotas, los míos, sino los venezolanos en general.

Por eso, desembarazado de los enemigos "exteriores", ahora seguirá buscando enemigos internos, porque lo que sabe hacer es combatir contra enemigos. Mientras el presidente siga planteando cada acción de gobierno como una batalla, siempre saldrá derrotado el país.

Decíamos al comenzar el 2001: "el afán de control ha privado sobre la voluntad de que las cosas funcionen. Naturalmente que la presunción del jefe de Estado es que el que es de mi confianza es

idóneo y además de confianza, es decir íntegro. Eso mismo pensaron los adecos en su primer gobierno: ser buen adeco era lo mismo que ser buen ciudadano y competente. Es claro que esa ecuación siempre acaba saliendo ilusoria. Si quiero que la administración funcione, sólo tengo que fijarme en el conjunto de los capaces (...) si sólo me fijo en el conjunto de los míos y ahí trato de elegir a los que pueden ser más aptos, las cosas no funcionan. Nunca funcionan" (SIC 631, en-feb 2001, 2). Frente a lo que puede parecer, que es lo que efectivamente él cree, proseguíamos: "El poder del presidente es inversamente proporcional a la falta de peso propio que tenga el Estado y a la dependencia personal de cada funcionario respecto del presidente y del partido de gobierno (...) Coordinar poderes en sí, en cierto modo autónomos, ése es el verdadero poder de un presidente en un Estado democrático moderno (...) Reconocer a los demás, tanto personas como instituciones y ponerse a su servicio desde la perspectiva de lo público, ésa es su verdadera grandeza y su utilidad" (ibid 3). Tenemos que constatar con tristeza que cuatro años después estas constataciones conservan su vigencia.

La subjetualidad del estado consiste en propiciar la de los ciudadanos

Se nos ha perdido de vista que el ejercicio político sólo se justifica por la capacidad que tenga de activar las energías de los ciudadanos, de estimular y coordinar sus múltiples iniciativas y de establecer un ámbito donde la vida social fluya y unas reglas de juego que tiendan a poner a todos en igualdad de condiciones para que tengan igualdad de oportunidades. Pero el sujeto de esta vida social no es el Estado sino los ciudadanos como particulares o asociados. Al Estado le toca mantener la infraestructura física y jurídica, estimular la subjetualidad de los ciudadanos y velar porque el juego se juegue con orden, dinamicidad creciente y equidad. Pero el juego lo tienen que jugar los ciudadanos. Nos toca jugarlo a todos.

Si esto es el ejercicio político en general, resulta más evidente cuanto más atenido está a ámbitos más mensurables, como son los Estados y sobre todo los municipios. En este último caso es obvio que no están en juego abstracciones como la patria, idea que un bando se forma sobre el país y la sacraliza y la enarbola contra los que no la comparten para descalificarlos, o la revolución, entendida como un objetivo sagrado que por su condición trascendente estaría al margen de reglas y controles y permitiría usar cualquier medio para realizarla. Nada hay más revolucionario que gobernar bien. Es un desatino que un alcalde diga que no ha podido ocuparse de su ciudad porque se dedicó a la revolución. ¿Qué más revolución para Caracas que sacarla del caos en que está sumida por la ausencia no sólo de cualquier plan sino del más mínimo asomo de lo que es autoridad y gobierno?

El modo de producción determina el producto

Pero lo más grave no es que el gobierno desconozca lo que es el ejercicio político. Lo que toma el escenario realmente sombrío es que la oposición ha aceptado su juego. Ella no ha entendido su papel como la crítica de los actos de gobierno que juzgue errados y la propuesta de alternativas viables y el ofrecimiento de gerenciarlas. Si la oposición hubiese procedido así, o el gobierno hubiera rectificado sustancialmente o no sería gobierno. Pero la oposición no ha vivido más que para sacar a Chávez. Ella también lo ha apostado todo a esa única carta. Y así también ella ha olvidado la referencia fundamental de la política a la vida social, a las múltiples tareas a las que debe aplicarse, a la cotidianidad.

Se alega que la matriz totalitaria del actual gobierno no permite actuar como si se estuviera en tiempos normales. A nosotros nos parece lo contrario: precisamente en este tiempo es cuando menos podemos permitirnos perder de vista la vida concreta. Si se utilizan las ideas de patria y revolución para permitírsele todo en su nombre y así se pervierte el sentido de lo po-

lítico, igual extravío es la propuesta de salir de Chávez como sea. El **como sea** aliena al que lo proclama y lo lleva al despeñadero. Quien se mete por ese camino desconoce que el modo de producción determina el producto. Por ejemplo, sacar a Chávez militarmente ocasiona que los militares sean los árbitros supremos; sacarlo por la intervención de USA da a USA ingerencia decisiva en nuestro país, lo mismo que sacarlo por una huelga patronal hubiera conducido a la hegemonía de ese sector y sacarlo por la acción de Pdvsa hubiera originado que la empresa petrolera estatal se hubiera convertido en el centro del Estado. La lucha sólo puede ser política, específicamente política, concreta y pomenoriadamente política, exquisitamente democrática.

Volver a la política

Lo que más urge es plantear lo más clara y sólidamente posible los parámetros y los criterios para juzgar el desempeño político. Que tiene que ver con deslindar lo que le toca al Estado sin perder la visión del conjunto y a cada instancia dentro de él, y lo que corresponde a los empresarios, a los sindicatos, a las distintas instancias organizadas dentro de la sociedad y a cada ciudadano como sujeto particular. Todo, dirigido a propiciar el desenvolvimiento de la vida a los diversos niveles y de tal modo que los sujetos involucrados en cada actividad sean los sujetos responsables de ella. De manera que ni el Estado ni los *massmedia* ni ninguna otra instancia robe la condición de sujeto a los que actúan.

Aún estamos a tiempo, cada vez hay menos posibilidades de acción, pero sí se dan las suficientes para reconducir la política a la vida concreta, a estimular la responsabilidad de los ciudadanos, a propiciar la igualdad de oportunidades, a proponer proyectos que nos convoquen.

